

que se ajusten al entorno contando con los actores sociales, que son los que hacen verdadera historia estableciendo vínculos y desarrollando su inteligencia creativa. Una de las grandes innovaciones en el campo científico sería fundamentar los resultados conforme a un análisis crítico y racional de las tradiciones, para liberar al pensamiento de prejuicios o rutinas preestablecidas.

Concebir la Ciencia y la Cultura como algo separado es una contradicción que afecta a la raíz misma del pensamiento. El Humanismo es tener al ser humano, en todas sus dimensiones, en el punto de mira, como referencia constante. Es tener en cuenta que es el hombre quien produce el conocimiento y también su destinatario final porque el conocimiento es un elemento consustancial al hombre y es el propio ser humano quien lo elabora, quien lo maneja y quien lo padece o disfruta.

La idea de Ciencia, que se deduce de las tesis de los colaboradores de la publicación, se comienza a asemejar a la Cultura, que es lo que producimos. La Cultura es el universo de la complejidad informativa. No se entiende el Humanismo como una recreación cultural del pasado, sino como una apertura a nuevas situaciones, a nuevos espacios que se abren ante los hombres. El objetivo final del Humanismo no es la objetivación del conocimiento sino lo contrario, su interiorización. Para que este hecho se produzca los conocimientos parciales no pueden producir más que interiorizaciones incompletas, es decir, seres humanos fragmentarios.

Las Humanidades pueden trabajar con unidades superiores al ser individual, pero no pueden prescindir de él. En este campo no tienen sentido unidades genéricas o abstractas de conocimiento; el fin último es siempre la persona. Ese es el objetivo: formarnos como personas y formar personas. Como ideal individual, el conocimiento fragmentario o especializado nos limita a no poder responder a preguntas que son siempre globales.

La revolución tecnológica que hoy contemplamos no es, a luz de lo dicho por estos expertos, algo que atente contra la idea de cultura que hemos considerado hasta el momento como valiosa. No puede hablarse de cultura sin tener en cuenta su dimensión comunicativa pues la cultura solo puede nacer de la comunicación misma, ya que supone la puesta en contacto de los que la comparten. También es crear las condiciones para que ese interés se produzca y, en última instancia, disponer de las herramientas para difundirla.

A la vista de lo anteriormente expuesto, la singularidad del papel de las Humanidades adquiere, a mi juicio, una vigencia irrenunciable. En su reivindicación se localiza la posibilidad de dar respuesta a las incertidumbres que se han agudizado en este cambio de siglo. A modo de conclusión, podría decir que existen nuevos desafíos que diseñan las inquietudes del hombre contemporáneo. Desafíos que se convierten, precisamente por ello, en retos inexcusables para la tradición humanista: Se encuentran los asuntos derivados del desarrollo tecnológico o el nuevo ritmo que la historia experimenta merced a dicho desarrollo. Considerando todos estos factores, cabe preguntarse, si las Humanidades podrían representar en la actualidad algún papel relevante en la sociedad actual. Ante esta pregunta, la respuesta sería, inevitablemente afirmativa, precisamente porque nuestra condición humana, pone en juego su propia trascendencia.

M^a Aránzazu Serantes

LLINÀS BEGON, JOAN LLUÍS: *L'home de Montaigne. Una lectura dels Assaigs*, Barcelona: Proa, 2009, 167 p.

Montaigne es un autor que hoy no parece distante. A pesar de haber vivido hace más de cuatrocientos años, da la impresión de hablarnos aún con espontaneidad y frescura, más como lo haría un amigo en un café que como suelen hablarnos los clásicos, desde los mármóreos y fríos pedestales donde los hemos subido. Este valioso libro de Llinàs Begon se plantea como reto aproximar de manera aún más explícita al autor de los *Ensayos* a nuestra realidad cotidiana, revitalizando su obra al confrontarla con los retos de la sociedad actual. Merecedor del Premio Carles Rahola de ensayo en catalán del año 2008 –¿y qué mejor que un ensayo sobre los *Ensayos* para tal premio?–, el libro está dirigido a un público culto, no especializado en el tema, pero ávido por conocer más sobre la vida y obra del genial ensayista bordelés.

Llinàs Begon, profesor de la Universidad de las Islas Baleares, no es ni mucho menos un recién llegado a los estudios sobre Montaigne, sino que ha ido ofreciendo durante los últimos años

una de las aportaciones más sólidas y constantes al estudio de este autor en nuestro país. A él ha dedicado ya un buen número de artículos, y un libro, escrito a partir de su tesis doctoral, de estilo más académico que el que aquí se reseña: *Educació, filosofia i escriptura en Montaigne: un comentari a «De l'educació dels infants»* (Palma, UIB, 2001). Aparte, está publicando una *Història de la Filosofia Moderna* (Palma, UIB, 2009) de la que ya ha visto la luz el primer volumen (*De Maquiavel a Descartes*), y tiene una faceta paralela como director de teatro.

L'home de Montaigne se compone de dos partes con una estructura común pero extensión desigual. La primera es una esmerada introducción a la vida y obra de Montaigne (pp. 15-119). Un primer capítulo está dedicado a su biografía, referida en una narración ágil y ligera que selecciona los momentos de su vida más significativos para la comprensión de las páginas que habrán de seguir. Los cuatro capítulos siguientes analizan el pensamiento de Montaigne, en torno a otros tantos grupos temáticos que Llinàs titula «El hombre y el mundo», «El hombre en construcción», «El hombre que convive» y «El hombre filósofo». La segunda parte, menor en extensión, recupera estos cuatro títulos, recogiendo las reflexiones del autor acerca de cómo podría ser aplicado el pensamiento de Montaigne a nuestra situación contemporánea (pp. 121-160).

Algunos especialistas quisquillosos podrán acusar a Llinàs de haber hecho en su lectura algo que fue común desde la malograda *De la sagesse* de Pierre Charron: una reordenación sistemática de los *Ensayos*, en busca de preceptos morales claros y definidos, que habría terminado *desmontaignizando* la obra. Lo cierto es que la peculiaridad de la escritura de Montaigne hace especialmente difícil cualquier aproximación teórica a su pensamiento, pues no parece haber un modo natural de reorganizar sus ideas a partir del aparente desorden en que fueron expuestas originalmente, sin hacerles perder su frescura original. Aunque no esté en el ánimo del intérprete transformar la desenfadada prosa de Montaigne en un rígido sistema completo y coherente —lo cual sería sin duda un terrible desacierto—, resulta dificultoso siquiera escribir acerca de ella, pues de alguna manera es preciso articular el propio discurso con una sistematicidad que es ajena al estilo desenfadado del ensayista.

La verdad es que la opción de Llinàs en este punto es arriesgada: «*L'ordre d'aquest llibre és cartesià, però l'esprit és montanià*» (p. 13). Siendo bien consciente de que el estilo de Montaigne forma parte de su mensaje o, más bien, de que su mensaje *está* en el estilo, Llinàs se decide a reescribir a Montaigne, asumiendo el riesgo de caer en lo que Gérard Defaux llamó «la tentación de antologizar», reorganizando el material de los *Ensayos* en busca de una doctrina más o menos definida. Empero, no hay tal doctrina en los *Ensayos*, y cualquier lector que se aproxime a ellos intentando buscarla acabará, bien decepcionado, bien tomando la obra por lo que no es. Las dos últimas décadas de estudios montaignistas, sobre todo a partir de Pouilloux y Tournon, han constatado la imposibilidad de extraer el contenido de los *Ensayos* de la enrevesada y *grotesca* estructura de su texto, como si ésta sólo hubiera sido un envoltorio prescindible, en el fondo caprichoso e innecesario. Su mensaje está, según la acertada expresión de Starobinski recordada por Llinàs, en el *movimiento* de su discurso, en el juego escéptico de su argumentación, en la retórica de la cita y el comentario, en el detalle de la anécdota y las asociaciones inesperadas y desconcertantes con las que el texto fue ampliándose a lo largo de las distintas revisiones a las que lo sometió su autor. ¿Cómo intentar extraer, a partir de esta riqueza, un mensaje uniforme, rígido y permanente? ¿Cómo detener el movimiento sin matar la obra? ¿Cómo exponer cartesianamente el contenido, preservando a un tiempo el espíritu de Montaigne?

Llinàs, como digo, es bien consciente de estos peligros, pero aun así se decide a acometer la tarea de reordenar a Montaigne; y lo hace porque el centro de su libro no es Montaigne, sino el hombre. Dejando aparte el capítulo sobre la biografía (que quizás hubiera sido más acertado anteponerlo a la primera parte, a fin de mantener exacto el paralelismo estructural con la segunda), la palabra «home» está presente en todos y cada uno de los títulos de partes, capítulos y apartados del libro, repitiéndose hasta veinticinco veces en su breve índice. Una insistente y buscada redundancia, que subraya el mensaje humanista legado por Montaigne a nuestra contemporaneidad: palabra de un hombre concreto, de carne y hueso, dirigida a hombres concretos que habrán de recibirla como un discurso profano, mundano y, ante todo, humano, nunca demasiado humano. No estamos por tanto ante un estudio erudito sobre Montaigne, que aspire a ofrecer lo que Derrida llamaba un *commentaire redoublant*: un esfuerzo por repetir y aclarar lo que dijo el autor, todo lo que dijo, y nada más que lo que dijo, contextualizándolo con pureza y precisión, borrando las trazas del propio comentarista, a fin de hacer de él un

mensajero invisible, neutro y transparente. Por el contrario, Llinàs se decide valientemente a *usar* a Montaigne, como el propio Montaigne usara antes a Séneca, Plutarco y tantos otros, para comprender el problema del ser humano. Una instrumentalización que se hace patente sobre todo en la segunda parte, de naturaleza muy distinta a la primera. En la primera tenemos un estudio del «hombre de Montaigne» bien contextualizado en su momento histórico, en el que Llinàs recorre los *Ensayos* en busca de sus ideas fundamentales acerca de temas tan diversos como el conocimiento, la religión, la educación, la lectura, la política, el género, la cultura o la filosofía. En la segunda, en cambio, tenemos un atrevido ejercicio de descontextualización o, más bien, de recontextualización, por el cual el «hombre de Montaigne» es sacado de su tiesto y trasplantado en pleno siglo XXI, a la espera de que dicho trasplante ofrezca un modelo a seguir en nuestra existencia cotidiana.

Las posiciones atribuidas por Llinàs a «l'home montanià avui» pueden parecer más o menos discutibles, y en diversos aspectos, unas u otras lo resultarán sin duda para cualquier lector que se acerque al libro con algún conocimiento de la obra del ensayista. Pero estas divergencias son inevitables, pues en cierto modo nunca dos lectores pudieron leer el mismo libro, ya que en cada uno de ellos habrá de resonar de un modo distinto. Por ejemplo, personalmente me parece un tanto arriesgado sostener que Montaigne, en la actualidad, sería un demócrata, como hace Llinàs en la p. 147: Montaigne, tan apegado a las tradiciones y al orden monárquico, se me antoja más bien un defensor de la oligarquía nobiliaria como ideal político a la vieja usanza. Intentar ubicar su posición en el contexto actual es difícil, pues las categorías en las que habría de encajar le son tremendamente extrañas. Y en este caso, como en muchos otros, resulta complicado decidir quién tendría razón, por el motivo apuntado: Llinàs no nos ofrece un libro sobre Montaigne, sino sobre el modelo de *honneste homme* que emerge de los *Ensayos* y, en concreto, sobre cómo ese modelo podría aplicarse a nuestra situación contemporánea. De ser así, el mensaje del libro no sería sólo un efecto de la obra de Montaigne, sino de la sinergia resultante de su interacción con el lector, en este caso Llinàs, de la cuál serían tan responsables el uno como el otro. Como indica el propio Llinàs, «*Ser montanià no vol dir pensar exactament el mateix que pensava Montaigne, sinó dur a terme aquest projecte vital de coneixement de si mateix per assolir l'excel·lència i, per tant, la felicitat*» (p. 164). Algunos de estos efectos nos parecerán más acertados –como las finas apreciaciones acerca de la educación actual, entre el saber-qué, el saber-cómo, y el saber-ser–, mientras que otras nos lo parecerán menos –como la peliaguda cuestión de la mujer, que parece mejor resuelta por el propio Llinàs en su *Història de la filosofia* (pp. 206-9)–, o las tímidas relaciones que apunta entre el ensayista y la filosofía analítica actual (pp. 39 y 153). En cualquier caso, la lectura ofrecida por Llinàs es de innegable valía, acertada y pertinente, y constituye un eslabón más en la escueta pero sólida cadena de aportaciones a la exégesis de los ensayos en lengua catalana. Por estos motivos, sería deseable disponer también de una versión del ensayo de Llinàs en castellano, pues cubriría una importante laguna en el mercado editorial español, patentemente deficitario en cuanto a ensayos de divulgación sobre Montaigne. Es ésta una temática saturada en el mercado francés, bien cubierta en el inglés, pero que aún admitiría mucho mayor desarrollo en nuestra lengua. No estaría mal que alguna editorial apostara por la reedición de este atractivo libro en castellano, cuya acogida entre el público sería sin duda excelente.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- CHARRON, Pierre, 1986: *De la sagesse*, París: Fayard.
 DEFAUX, Gérard 1983: «Readings of Montaigne», *Yale French Studies*, nº 64, pp. 73-92.
 DERRIDA, Jacques, 1971: *De la grammatologie*, París, Minuit, 1967 (*De la gramatología*, Buenos Aires, Siglo XXI).
 LLINÀS BEGON, Joan Lluís 2001: *Educació, filosofia i escriptura en Montaigne: un comentari a «De l'educació dels infants»*, Palma, UIB.
 — 2009: *Història de la Filosofia Moderna I: De Maquiavel a Descartes*, Palma: UIB.
 POUILLOUX, Jean-Yves, 1969: *Lire les Essais de Montaigne*, París: Maspero.
 STAROBINSKI, Jean, 1993: *Montaigne en mouvement*, París: Gallimard.
 TOURNON, André, 1983: *Montaigne. La glose et l'essai*, Lyon: Presses Universitaires de Lyon.